

No me referiré a sus actividades en un campo, el arqueológico, tan distante de mis conocimientos. Mencionaré tan sólo su colaboración en los dos primeros volúmenes de la *Historia de España*, de Menéndez Pidal, el primer volumen de la *Historia Universal*, de Espasa-Calpe, las excavaciones de Ampurias y Segóbriga... Era, sin duda, el primero de nuestros arqueólogos. Reconocido en España y en el extranjero. Dios le habrá premiado ya su amor a España y a El.

Descanse en paz el inolvidable amigo y correligionario.

EUGENIO VEGAS LATAPIE.

RDO. DR. P. ALEJANDRO DIEZ MACHO, M. S. C.

Su imagen apenas había variado: le recuerdo todavía, profesor auxiliar en mi Universidad de origen, gallardamente erigido el cuerpo, modestamente inclinada la cabeza, la mano al pecho por entre un par de botones desabrochados de la sotana, cual si quisiera acompañar con tal gesto su arranque de sinceridad. Firme en la doctrina como católico, sacerdote y religioso; humilde en su actitud no de capricho personal, sino de creyente y «llamado», con todas sus consecuencias; espontáneo sin doblez ni reserva algunas, el «nuevo auxiliar de Hebreo» (llegado recientemente con fama de muy sabio y «promesa» de futura celebridad, compartidas con su colega y compañero de Congregación, el P. Pacios) era el primero en oponer la subsidiariedad del Estado en la enseñanza —frente a los derechos de la Iglesia en esta materia— a un intento de declaración facultativa (¡ya entonces, Señor, a finales de los cuarenta!) en favor de un monopolio estatal de unos determinados estudios... Ni los años, ni la larguísima e incómoda dolencia lo habían encorvado, ni debilitado aquella voz serenamente entusiasta, con su dicción sonora y lenta de castellano viejo, a modo de condimento continuado que aderezaba el saboreo de su pensamiento informado, profundo.

Apenas variación, igualmente, en su alma: más erudición, más ciencia adquirida y más seguridad en ella, mayor autoridad en la exposición. Pero la misma capacidad de entusiasmo en sus ojos ilusionados —salvando lo bueno que había dondequiera

(*) Nació en Villafraía de la Peña (Palencia), el 15 de mayo de 1916; murió en Barcelona el 6 de octubre de 1984.

estuviese («¡Todo un *líder!*», me decía de un ex alumno «desviado»); la misma serenidad ante las contrariedades y los adversarios, a cuyos sofismas sabía replicar *siempre* (¡con lo que cuesta, Dios mío!) sin protesta, antes bien, con la plática oportuna y adecuada, dando la impresión de estar seguro de que, a lo mejor, podría incluso convencerlos. Admirable sacerdocio el de su catequesis de las virtudes universitarias, especialmente a lo largo del trienio de su vicedecanato, ya en esta Universidad madrileña.

Sacerdote y universitario en una pieza lo conocieron también los amigos de la «Ciudad Católica», entre los que se encontraba en su ambiente, porque, ¿quién más amigo de la implantación del orden cristiano que él? Justamente, su especialización científica le permitió una simbiosis total entre su sacerdocio, su sabiduría y sus apostolados religioso y docente (o, ¿habría que pensar más bien que fue su devoción profunda lo que le llevó a especializarse precisamente en dialectos arameos, uno de los cuales fue realmente la lengua materna de Jesús?. Escuchar las homilias de sus misas era sentirse en inmersión profunda en la ciencia estimulante de la Palabra de Dios, a través de las vivencias comunicadas por los equivalentes de los términos mismos que empleara el Señor y que se hallan en el sustrato de las redacciones griegas —tan hebraizantes algunas, como las de San Mateo y San Juan, y no menos las cartas de San Pablo— que se nos han transmitido en el Nuevo Testamento. Los lectores de *Verbo* pudieron gustar un ejemplo espléndido de aquellas (núm. 123, marzo de 1974, págs. 271-276) en honor de la Inmaculada y a mayor gloria de Dios, pues su doctrina no puede menos que elevar al oyente a una admiración profunda por la grandeza de las maravillas que en María obró el Señor desde el comienzo de su ser.

Recíprocamente, estudiar sus trabajos era recibir una inyección de solidez en los fundamentos de la fe y un acicate para la disponibilidad hacia la virtud. También a *Verbo* (núm. 151-152, de enero-febrero de 1977, págs. 61-77) cupo el honor de difundir su penetrante exégesis del párrafo *exceptivo* de San Mateo, «a no ser por causa de fornicación», en que deja reducida limpiamente aquella *crux interpretum* a un *fuera de juego*: se trata de la disolución de un enlace no tenido como matrimonio válido. ¡Con qué alegría lo debió de escribir, según rebosa el contenido a lo largo de cada conclusión de razonamiento en los distintos párrafos, por los que se derrama en cascada desde el en-

tusiástico aplomo del título: *El matrimonio cristiano es indisoluble!*

Recuerdo que en otra homilía, con ocasión de una misa de difuntos, desgranó bellamente el proceso de la revelación de la vida perdurable a lo largo del texto sagrado. Al final, el Apocalipsis: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras los acompañan». Ya, con toda claridad, el reconocimiento del valor de las obras personales para la felicidad eterna. En el caso del P. Díez Macho, a partir de ahora, con un valor doblado: se lleva él el mérito, pero nos queda la obra de su vida: su contribución a la *Biblia polyglotta Matritensis*, sus numerosos trabajos de exégesis y hermenéutica, su enseñanza, su ejemplo. Huellas hermosas las de su paso por este mundo, tan entrañablemente cerca de nosotros: «¡qué encanto, sobre los montes, el rastro de los pies del predicador y mensajero de paz, del heraldo del bien, del nuncio de la salvación...!».

SEBASTIÁN MARINÉ BIGORRA.

MIGUEL IBAÑEZ PEREZ

El General subinspector del CIAC, Miguel Ibañez Pérez, falleció en Madrid el 26 de octubre (d. e. p.).

No puede *Verbo* dejar de recordarlo en sus páginas. En los primeros años de nuestra labor fue uno de los más entusiastas y efectivos creadores y animadores de grupos de estudio de amigos de la Ciudad Católica.

Entonces era Teniente Coronel. Llevaba una brillante y prometedorra carrera. Había sido excombatiente de la División Azul, era ingeniero de armamento y su prestigio entre sus superiores y compañeros muy grande. Una inesperada enfermedad recortó sus alas y nos privó de su actividad inicial.

En *Verbo* aún publicaría dos excelentes estudios: *Cogestión de las empresas económicas* (núm. 90, págs. 981-994) y *Pueblo y masa* (núm. 93, págs. 310-311). Pero, especialmente, es de destacar su folleto de 65 páginas: *Breve síntesis de moral social natural y cristiana* (Speiro, 1969), cuya lectura sigue siendo orientadora y clarificante.

Descanse en paz este generoso caballero cristiano e inolvidable buen amigo.

JUAN VALLET DE GOYTISOLO.